

RECUERDOS

Hace unos días me hicieron una de esas preguntas tontas que nunca te has planteado antes: ¿Te gustan las tormentas? Y tengo que confesar que soy una de las pocas personas, que conozco, que encuentran las tormentas agradables. Quizás sea porque me gusta el ruido de las gotas al caer y el olor a humedad que se queda en el ambiente. Pero, en el fondo, creo que el motivo de este agrado son los recuerdos que en mí despiertan. Todos estos recuerdos le pertenecen a la misma persona.

Ella era la diosa del campus, una futura profesora que acabaría con el absentismo escolar. Ninguno de nosotros podía decir que no se había fijado en ella. ¿Quién no conocía a Helena? Sí, su nombre era Helena como el de aquella mujer, que provocó la guerra narrada por Homero. Al igual que Helena de Troya, su belleza era incalculable; su piel clara, sus ojos color miel y su esbelta figura eran sus rasgos más destacables; pero su sonrisa, su mirada y toda ella no se quedaban atrás. Al igual que hicieron los antiguos griegos, no había grupo de amigos que no tuvieran cierto pacto respecto a ella. Por supuesto, mis amigos y yo no éramos distintos, habíamos pactado que en caso de que alguno consiguiera algo los demás nos apartaríamos de su camino. Sé que parece una tontería, pero en aquel momento creíamos que era la única manera de blindar nuestra amistad; no queríamos dejar de ser amigos por culpa de una mujer. Así estaban las cosas, y con estas circunstancias se produjo nuestro primer encuentro.

Aquella noche tormentosa, yo observaba el mar desde mi ventana, observaba como las olas rompían, para poder suavemente acariciar con su espuma la arena. Entonces apareció ella, la más bella criatura bajo la inmensidad del cielo, una diosa. Paseaba por la playa, como en una tarde de verano. La lluvia caía fina y abundante, dotando de cierto brillo su piel. La luna, que iluminaba la oscura noche, se escondió tras una nube al ver que su belleza se había vuelto insignificante, como la lágrima derramada en el mar. Ella parecía saber que la observaba, se quedó allí, en frente rozándose sus brazos para entrar en calor. Yo, no me lo pensé dos veces,

cogí mi cazadora y, con el pantalón del pijama puesto, salí a la calle, a la playa. Me acerqué a ella y la resguardé entre mi cuerpo y mi cazadora, sólo supe decirle:

-Te vas a constipar.

-Gracias por preocuparte, pero creo que no es tu problema-Las primeras palabras que oía salir de su boca.Era la voz más dulce y cálida que jamás había escuchado.Y aunque su tono fue malintencionado, a mí me sonó a la más hermosa melodía.Creo que me podría haber llamado gilipollas que me hubiera quedado mirándola como si nada.

-Claro que es mi problema, no puedo permitir que una mujer tan guapa, como tú enferme porque un imbécil como yo se quede mirando como el agua resbala por su cuerpo.

Ella se quedó anonadada con mis palabras -bueno, si lo ves de ese modo...-. Agachó su cabeza en señal de derrota.

Mientras, yo podía sentir su piel mojada sobre mi pecho y supongo que ella sentía el latido acelerado de mi corazón.

Por el momento, la cosa no iba mal, pero tenía que relajarme y conseguir que ella también lo hiciera.

-Si no es una pregunta indiscreta,¿qué haces aquí, a estas horas, y con esta lluvia?

-Sinceramente, espero a un caballero que me salve en su caballo blanco-en su boca se dibujó una sonrisa.

-Te habrás desilusionado, ni soy caballero ni tengo ningún caballo y aun menos blanco.

-Tus palabras no dicen lo mismo - de repente sus labios acariciaban los míos en un beso fugaz- y tus labios tampoco.

Me quité la cazadora, la puse sobre sus hombros, le cogí la mano.

-Sígueme.

Ella no dijo nada, sólo me siguió hasta la entrada de casa. Allí sentados en el columpio del porche, mi intención fue darle el beso con el que tantas

veces había soñado, mientras la miraba disimuladamente en mitad de mis partidas de mús, pero me acobardé en el último momento y el apasionado beso que tenía en mi mente se quedó en un casto beso en la mejilla. Supongo que se dio cuenta, porque me miró y una sonrisa pícara se dibujo en su cara. Su boca se acercó a mi oído y en un susurro me llamó cobarde. Unos segundos después sus labios estaban sobre los míos, podía sentir su lengua jugando con la mía, inspeccionando cada rincón. Ese beso, con el que tanto había soñado, acabó con un mordisquito en mi labio, una pequeña herida que me demostraba que no había sido un sueño. Ella se levantó.

-Me tengo que ir -se agachó y chupó la sangre que había en mi labio.- ¿No te importa que me la lleve? -se tapó con la chaqueta - ¿Verdad?

-No me importa, mientras me la devuelvas -La verdad es que deseaba que se la llevara, así tendría excusa para volver a hablar con ella.

Recuerdo que durante varios días no tuve noticias de ella, no la había visto por la universidad y los nervios me recomían por dentro. En su ausencia, yo soñaba con nuestro encuentro: mis manos acariciando cada centímetro de su piel, mi boca saboreando sus labios, mientras olía su perfume, escuchaba su respiración y mis ojos observaban su belleza, todo era perfecto en ese sueño. Pero... ella no aparecía, ¿había perdido mi cazadora favorita y a la mujer de mis sueños en el mismo día? Menos mal que no fue así; ella apareció el viernes, con mi cazadora puesta. No hacía demasiado buen tiempo. Era la comidilla de la cantina, todo el mundo sabía que la cazadora era de algún chico y todos querían saber quien era el afortunado. Yo no dije nada, callé, no era cuestión de cagarlo todo por unos minutos de fama. Mi mejor amigo, Xavi, se dio cuenta de que la chaqueta era la mía y me preguntó sabiendo de antemano la respuesta.

-Ed, ¿y eso que no llevas tu chaqueta con el tiempo que hace? -Me guiñó un ojo y me sonrió, esa sonrisa de *sé la verdad y quiero que me la confirmes*.

-En la lavadora, que se me manchó el otro día -Puse la mejor excusa que se me ocurrió.

-Sí... ya... bueno..., luego hablamos sobre eso, que por aquí hay mucha gente -se había dado cuenta de que yo no quería que nadie se enterara, me conocía como la palma de su mano.

Cuando todos se fueron, Xavi volvió a insistir con el tema, sabía que conseguiría sacármelo tarde o temprano:

-Creo que debo felicitarte.

-¿A mí? ¿Por qué?- me hice un poco el tonto.

-Tú lo sabes igual que yo, ella lleva tu chaqueta y no creo que te la haya robado.

-¿No hay más cazadoras iguales?- quería convencerlo de que no era mía.

-Haberlas, las habrá, pero... reconócemelo ya, ésa es la tuya.

-Venga va, te lo reconozco: sí, es la mía. Pero no es lo que estás pensando.

-¿Sabes qué estoy pensando?

-Sí, estás pensando que me la he tirado y... no ha pasado nada.

-Pues te acabas de equivocar; me preguntaba cómo había conseguido ella tu cazadora, ya que otros y otras lo hemos intentado y no hemos conseguido nada.

-Es que tú no eres ella -me salió una sonrisa con sólo recordarlo.

-Esa sonrisa, ¿qué quiere decir?- Se estaba guaseando de mí-. Esa sonrisa me confirma que ha pasado algo.

-Xavi, no te cachondees de mí- me estaba mosqueando-. No vas a conseguir que te lo cuente.

-Eso confirma que hay algo y con eso me conformo -La verdad Xavi sabía, y sabe, muy bien como tratar conmigo-. Ya me lo contarás, cuando creas oportuno.

Esa noche ella vino a devolverme mi chaqueta. Me pilló en un mal momento, estaba..., bueno, imaginad lo que estaba haciendo. Yo no tenía intención de abrir. Por lo menos, hasta que el dulce sonido de su voz atravesó la puerta.

-Edward, abre la puerta, sé que estas ahí.

Me puse los pantalones, apagué la tele, arreglé todo, lo mejor que pude, y abrí la puerta.

-¿Qué estabas haciendo?- Helena comenzó así su interrogatorio- ¿Y por qué has tardado tanto en abrir?

Ella estaba empapada, llovía y por lo visto la había pillado desprevenida, o le había cogido el gusto a eso de mojarse.

-Estaba viendo una película y no estaba visible- No estaba mintiendo.

-Vengo a devolverte algo que te pertenece y me marcho.

Me tendió con su mano mi cazadora, parecía distante y algo enojada; la verdad es que no sabía por qué.

-Mujer no seas así, vas empapada, pasa y te secas- en ese momento me di cuenta de que me había llamado por mi nombre. Era normal que yo conociera el suyo, ella era conocida en todo el campus, pero yo, sólo era conocido como Ed, nadie me conocía como Edward- Eh...¿me has llamado Edward?

-Sí, claro, es tu nombre.No sé cómo quieres que te llame- definitivamente estaba cabreada.

-Es que yo no te lo dije.

-Mira que llegas a ser tonto.

Se dio media vuelta con la intención de irse. Yo la cogí del brazo.

-¿Me explicas qué te pasa?- Ahora comenzaba mi interrogatorio, que la verdad duró bastante poco, porque ella enseguida dejó las cosas claras.

-Gilipollas, ¿te crees que el otro día estaba frente a tu ventana por casualidad?-Parecía algo desilusionada- ¿Que me llevé tu cazadora sin motivo?¿Y que hoy me la he puesto, para ir a la universidad, simplemente por gusto?

No me dio tiempo a responder nada, estaba pasmado,mi mano todavía la agarraba.Ella continuó:

-No te enteras de nada- soltó su brazo de un tirón.- Hoy vas y ni siquiera me saludas- Parecía indignada y se disponía a irse.

Mi cuerpo no reaccionaba, no entendía qué me estaba recriminando, pero no podía dejarla ir. Cuando mi cuerpo por fin respondió, ella ya había bajado del porche. Dejé caer la cazadora, la abracé bajo la lluvia, mis brazos rodearon su cuerpo, mi boca se acercó a su oído:

-Lo siento, nunca pillo las indirectas- me expliqué en un susurro.

-Ahora ya es tarde, me marchó- intentó zafarse de mis brazos

-No te puedo dejar ir, y menos empapada como vas- besé su hermoso cuello- Por favor, pasa y sécate un poco.

Conseguí convencerla para que pasara y se secara, la dejé unos instantes sola mientras buscaba algo de ropa que dejarle. Cuando volví, me percaté de lo sexy que estaba. La camisa blanca que llevaba estaba empapada y, además, parecía no llevar nada debajo. Creo que hasta babeé, menos mal que no se dio cuenta. Además, llevaba una falda de esas que más que falda es un cinturón ancho. Me acerqué a ella para darle la ropa y la toalla que llevaba en la mano.

-Ed, tú también vas empapado- cogió la toalla de mi mano y comenzó a quitarme la camiseta.- No quiero que te me constipes.

Me secó con la toalla, yo la besé dulcemente en señal de agradecimiento. Yo no esperaba lo que iba a salir de su boca.

-¿Quieres que terminemos lo que estabas haciendo antes de que yo llegara? Supongo que en mi ausencia ella había encendido el televisor, yo me quedé de piedra y ella se acercó más.

-Estoy segura de que si...-comenzó a desabrocharme el vaquero- no encontraré nada más que quitar.-Ella tenía razón, no me había dado tiempo a ponerme calzoncillos.

Le paré la mano, no me preguntéis por qué, pero lo hice.

-Vamos a ser sinceros, sabes que ningún hombre te rechazaría. Pero quiero saber qué quieres- ella se pegó a mí, me abrazó y apoyó su cabeza en mi pecho. Yo continué.-He fantaseado contigo, y me encantaría hacer alguna de esas fantasías realidad.

Ella me cortó de inmediato, de repente su lengua estaba dentro de mi boca. Nuestros labios se separaron.

-Ed, entonces no digas nada- se desabrochó la falda y la dejó caer.-

Simplemente disfruta.

-Pero...- ella me volvió a cortar con otro beso, esta vez mas profundo y apasionado; además, sus manos tiraban de mi pantalón guiandome hacia el sofá.

-No seas tonto.

Ella comenzó a besarme el cuello; ahí ya no me pude resistir. Ahora era yo el que la acariciaba, besaba y deseaba con todo mi ser. Mis labios rozaban su cuello, bebiendo el agua que aún le goteaba. Mis manos la acarciaban, bajo su camisa mojada. Desabroché los últimos botones de su camisa, su tripita mojada, como toda su piel, me resultó irresistible. Dejé de besar su cuello, mi lengua acariciaba su piel, cerca de la camisa. ¡Su piel era tan suave...! Tan suave que parecía estar rozando las esponjosas nubes de verano. Mis manos abrían su camisa; las suyas acariciaban mi nuca, jugaban con mi pelo. Sus manos comenzaron a bajar por mi espalda, estaban heladas (o yo estaba caliente), las notaba cada vez más abajo. Ya estaban jugando con la cintura del pantalón, cuando mi lengua pasó entre sus pechos. Mis manos también deseaban participar de ese juego tan divertido. Así que aguantando mi peso sobre un brazo (no quería hacerle daño), la otra mano jugaba con su tanga. Sus manos habían entrado en mi pantalón, una sensación agradable recorría mi cuerpo. Yo seguí su ejemplo y mis dedos se deslizaron bajo la fina tela de su tanga. Allí su piel era aún más suave, mis caricias seguían el ritmo de las suyas. Nuestra respiración se entrecortaba, a ella se le escapaban pequeños gemidos. Con gran esfuerzo, conseguí recuperar el control de mi cuerpo (bueno, de gran parte de él) porque mi entrepierna era más suya que mía. La besé cortando sus gemidos. Luego mis labios saboreaban sus pezones. Ella estaba erizada y húmeda, y yo nunca había deseado tanto hacerlo. Una de sus manos seguía jugando conmigo, la otra sacó algo del

bolsillo de su camisa. Levanté la mirada para ver qué tenía. Quería rematar la faena, yo no estaba muy seguro de ello; pero, en ese momento, no podía negarle nada. Aún así, le pregunté:

-¿Estás segura de que es lo que quieres?

Ella me besó.

-¿Ves? Por eso me gustas.

Me giró, ahora ella estaba encima. Mis ojos no dejaban de mirarla, fue la visión más hermosa que había visto hasta el momento. Su pelo todavía dejaba caer algunas gotas de agua sobre mi pecho, que ella lamía sensualmente. Mis manos deslizaban suavemente su tanga. Ella se ocupaba de mi pantalón, levanté el culo del sofá para facilitarle la tarea. También se encargó de la protección, colocando lentamente el preservativo con su boca. En pocos segundos, ella se alzaba sobre mí. Yo estaba dentro de ella, a ella parecía gustarle y a mí..., a mí me encantaba el movimiento de sus caderas. Mis cinco sentidos estaban sobreexcitados, parecían degustar su olor y oler su belleza. Ella, de vez en cuando, bajaba en busca de un beso; en esos instantes, mis manos aguantaban su cuello y mis labios prolongaban su beso, era mi forma de darle las gracias. Todo iba a más, esa sensación que tanto me estaba gustando se volvía más intensa, hasta culminar con una gran..., lo que todos sabemos.

Ella se tumbó encima mía, un sentimiento de paz inundaba mi alma. Mientras la miraba, la sensación de que yo había disfrutado más que ella rondaba mi mente. Pero estaba demasiado exhausto para hacer nada, sólo la abracé.

- Quédate conmigo esta noche- mi voz sonó aterciopelada. Le quité con cuidado la camisa que aún llevaba mojada- No me dejes dormir solo.

- Mmmm..., no me gusta dormir en el sofá- ella parecía estar rehusandome- Más que nada, porque con la cantidad de ropa que llevo, seguramente, cogería una pulmonía.

- No, tonta, en mi cama, con un nórdico, calentitos los dos- ambos estábamos jugando- pero no te separes mucho de mí; no quiero que huyas.

- Si no me sueltas, no podemos ir a ningún lado- yo todavía la abrazaba- Te prometo que no me voy, no sin mi ropa.

La solté el tiempo suficiente para que se levantara y conforme me levanté la volví a abrazar.

- Tranquilo que no me voy a ir- me dio un dulce beso en la mejilla.

- No es por eso, es que me gusta tenerte cerca- ahora fui yo el que besó su mejilla de porcelana.

Llegamos a mi habitación, a mi cama y así dormimos. Yo la abracé, como un niño pequeño abraza su peluche máspreciado, con ternura y cariño, y ella se quedó ahí inmóvil, rodeada por mis brazos.

Al despertar, no había rastro de ella salvo una nota encima de la mesa que leí con las manos sudorosas:

"Ed me he ido a casa a darme una ducha y a cambiarme de ropa. Esta noche ha sido fantástica, no estaría mal repetirla. No te he despertado porque me daba pena interrumpir ese sueño y alterar la cara angelical con la que dormías, te dí un beso mientras dormías que me agradeciste con una sonrisa.

Nos vemos en la universidad y esta vez espero que sí me saludes.

Te quiero, un beso"

¡Quería repetir!, ¡qué contento estaba!, además, ponía un "te quiero" y no quería esconderse. Me duché, me vestí, todo con una extraña vitalidad. Nada podía borrar la sonrisa de mi cara.

De camino a la universidad me encontré con Xavi, como siempre, y enseguida se dio cuenta de que algo iba excepcionalmente bien. Se le escapó una sonrisa y con un tono de guasa me dijo:

- Qué contento vienes hoy, ¿no? Y eso que has tenido que madrugar.

- No vas a conseguir que te lo cuente.

Ninguno de los dos volvimos a abrir la boca durante el resto del camino, él porque esperaba que el silencio me incomodara y le contara el secreto y yo prefería no abrir la boca, no se me fuera a escapar. Al llegar a la universidad la vi. Helena llevaba un peto vaquero, le quedaba tan... bien, le daba un aspecto inocente. Le pedí disculpas a Xavi por lo que iba a hacer y lo dejé solo. La abracé sin que me viera, mis manos rodeaban su cuerpo; en un susurro le dije "te quiero" y un beso se me escapó por su mejilla. Ella me devolvió un morreo, que dejó a todo el mundo sorprendido, a todo el mundo menos a Xavi que ya se esperaba algo. Xavi se acercó a nosotros, que estábamos muy acaramelados, y con el cachondeo de siempre nos dirigió unas pocas palabras:

- Helena, te compadezco por el tormo que acabas de elegir y Ed, no la dejes escapar, que todos los tontos tienen suerte pero no está bien ponerla a prueba.

Así fue nuestra puesta en sociedad; después de ese momento todo fue perfecto. Nuestros encuentros fueron más continuos y la mayoría pasados por agua. Recuerdo aquella tarde de cine. Habíamos ido andando y la lluvia nos sorprendió a la salida. Empapados, nos metimos en un portal que encontramos abierto. A mí el verla así mojada me recordaba nuestra primera vez y me ponía a cien. Una cosa llevó a la otra y, con los nervios y el morbo de que nos pudieran ver, mis manos bajaron sus pantalones junto con sus braguitas de color negro. Mi mano la acarició, hasta entrecortar su respiración. Mis labios le robaron un largo y profundo beso. Su cuello, sus pechos y su... coñito, eran tan apetecibles, tan aparentemente dulces que mi boca no pudo renunciar probarlos. Primero su cuello, luego sus pechos, para terminar mi lengua acompañó a mi mano. Estaba mojada y mi lengua jugaba con su clítoris. Su respiración se agitaba y por su postura con mi cabeza entre sus piernas poco podía hacer salvo disfrutar. Comenzó a gemir, mi dedo tapó su boca en señal de silencio.

- Sssshhhhh, que nos oyen- le dije bajando la voz.

-Pero no pares.

Yo podía ver como se mordía el labio para evitar gritar, y ,al verla así, me entraron unas ganas locas de escuchar su voz. Yo me entregaba completamente a esa tarea, ella se estremecía cada vez más. Sin dejar lo mío, me bajé los pantalones, los calzoncillos y me puse el condón. Cambié el método de estimularla, se la metí lentamente. La besé separando sus labios para facilitar la salida de su voz. Quería oírla. Al separar mis labios de los suyos, no le dio tiempo a detener el gemido que se escapó de su garganta. Lo había conseguido, pero deseaba seguir escuchándola. Cada vez que ella cerraba su boca y mordía su labio, los míos los separaban dejando salir sus gemidos, que inundaban todo el edificio. De repente, se escuchó una puerta que se abría y al momento se nos cortó el rollo. Nos vestimos rápidamente y, antes de que nadie nos viera, salimos a la calle bajo la lluvia. Fuimos a mi casa, aunque nos quedamos un rato jugando en la playa.

Durante días había estado pensando en darle a Helena la llave de mi casa y se viniera a vivir conmigo. Se me ocurrió que ese instante sería un buen momento.

- Helena, tengo un regalo para tí.

- ¿Qué es?- me preguntó mientras se acercaba corriendo como una niña chica.

- Cierra los ojos- ella siguió mi orden y yo saque un juego de llaves de mi bolsillo y lo puse a la altura de sus ojos.- Ya puedes abrirlos.

Ella abrió sus ojos y vio las llaves

- ¿Y estas llaves? ¿Qué me quieres decir?

- ¿Tú qué crees?, vente a vivir conmigo- le di un besito -Si las quieres, son tuyas.

Ella las cogió y me abrazó.

-Vamos a estrenarlas.

Estaba tan entusiasmada como una niña con zapatos nuevos. Ella abrió la puerta, los dos pasamos dentro. Ella ya conocía la casa, no hacía falta

enseñársela. Estábamos mojados y helados, encendimos la estufa y decidimos darnos una ducha de agua caliente. Y allí estábamos los dos, bajo el agua caliente, desnudos e ilusionados; empezábamos una nueva etapa. El agua y el jabón eran lo único que se interponía entre nosotros, dentro de una ducha minúscula. La rodeé con mis brazos, mientras ella nos aclaraba a ambos con el agua tibia.

- Ed, pégate más, que te noto lejos

- Tranquila, estoy aquí- mis labios rozaron su cuello- Y nada hará que me separe.

Ella se giró, me empujó contra la mampara, me hizo un chupetón en el cuello, del cual llevé la marca durante casi una semana. Parecía querer devorarme, me daba pequeños mordisquitos, me lamía y chupaba. Me dio un bocado en el pezón, me lamió la ingle y me chupó la polla. Yo me dejé hacer, me había quedado con las ganas de terminar. Mis músculos se estremecían y un cosquilleo recorría todo mi cuerpo, desde las puntas de los pies hasta las de las orejas. Poco a poco, algo se movía en mi interior, yo sabía que iba a pasar, en pocos segundos iba a llegar al clímax. Me corrí en su boca, no tuve tiempo de avisarla. Helena no parecía enojada; es más se levantó y me besó, dejándome probar parte de mi propio semen. Tenía un saborcillo agrisado que no me agradaba mucho, pero como me lo daba ella me estaba sabiendo a gloria. Nos separamos y ella se volvió para seguir con su ducha. Ella se enjabonaba el pelo y yo puse mis manos en su cadera. La acaricié lentamente y acerqué mi boca a su oreja mordiéndole sensualmente el lóbulo.

- Ahora te toca disfrutar a ti.

Mi mano rozaba, acariciaba, su perfecto pecho, mis labios saboreaban su cuello. Ella seguía enjabonando su pelo parecía ignorarme, hasta que cogí la alcachofa de la ducha, le separé con delicadeza y suavidad sus estilizadas piernas y enfoqué con el chorro a su sexo. Entonces fue ella quien se estremeció perdiendo el equilibrio, apoyando su espalda en mi

pecho y las manos sobre la mampara. Yo continué besándola y jugando con mi lengua por su cuello. Mis dedos colaboraron con el chorrillo de agua y, mientras él estimulaba su clítoris, mis dedos acariciaban sus labios y se introducían por su vagina. Ella gemía, gritaba, aullaba y yo sabía que le gustaba. No tenía intención de parar hasta que ella se corriera. Y cuando eso ocurrió ella, lejos de soltar un alarido de placer, se estremeció para luego quedarse como un pajarillo; tuve que sostenerla para que no cayera. Me pidió un beso que yo le di sin poner pegajos, un beso afectuoso lleno de ternura. Todo había sido muy especial e intenso y ambos estábamos tan agotados que apenas intercambiamos palabras; nos bastaban las miradas para entendernos.

A partir de esa magnífica noche Helena dormía casi siempre en casa, pero se negaba a traer sus cosas. No me importaba que no lo hiciera, lo importante era que pasaba la mayor parte de su tiempo conmigo. Incluso nuestros amigos se unían para que no tuviéramos que separarnos. Xavi acabó enamorándose de la mejor amiga de Helena. De vez en cuando cenábamos los cuatro solos en casa o íbamos al cine en una cita doble.

Helena desaparecía durante tres o cuatro días, cada tres o cuatro semanas, sin dar explicaciones. Yo no sabía a qué se debía esto y aunque le preguntaba, ella nunca me dejó nada claro; unas veces me decía que iba a visitar a su madre, otras que su tío estaba enfermo. Esas excusas no me convencían, pasaba algo que no me quería contar y de lo que no me enteré hasta aquella mañana en la que me encontré un sobre, sobre la mesilla. En él había escrito, con una letra cursiva, clara y esbelta: "*Edward, te quiero*"

Mi corazón se aceleró, algo no iba bien. La noche anterior Helena había estado rara, especialmente cariñosa pero al mismo tiempo muy fría y distante. Abrí el sobre, dentro de él encontré una carta. Estaba escrita con la misma letra cursiva, clara y esbelta, y en ocasiones la tinta estaba emborronada, muestra clara de que alguien había llorado sobre ella. Comencé a leer la carta y la voz de Helena resonaba en mi cabeza:

A mi amado Edward :

Primero te pido perdón por no haber sido capaz de contarte esto a la cara; anoche estaba dispuesta a hacerlo pero no pude, al igual que tú no fuiste capaz de darme ese primer beso.

Estoy enferma, tengo una rara enfermedad que no tiene cura, por eso cada tres semanas y media me ausentaba unos días, intentábamos aplazar lo inaplazable. Los médicos me han ofrecido operarme. No tengo ninguna garantía de que la operación vaya a salir bien, por eso no te he dicho nada. Me van a operar esta tarde; no quiero que vengas, por eso no te voy a decir dónde me van a realizar la operación. Te voy a pedir algunas cosas, que si de verdad me quieres, no pondrás en duda:

1º Espérame: si todo sale bien, volveré contigo. Si en una semana no tienes noticias mías, ve a esta dirección: Calle del Silencio, nº12 4º derecha.

2º Nunca olvides que te he querido, te quiero y te querré con toda mi alma.

3º Sé feliz. Te he pedido que no me olvides, pero quiero que sigas adelante, te cases, tengas hijos y seas muy feliz.

Por último quiero, que sepas que te quiero, que estos meses contigo han sido lo mejor de mi vida. Si la operación sale mal, no me importa; a tu lado he conocido la felicidad. Tú has compensado mi enfermedad.

TE QUIERO, MI AMOR

Besos

PD: Dile a Xavi y a Marta que espero que sean muy felices y que los quiero mucho.

Aquella tarde salí en su busca, fui a su casa a ver si alguna de sus compañeras sabían algo de ella, pero no conseguí nada. No me quedó mas remedio que seguir las indicaciones de su carta. Pero no tuve que esperar la semana entera. A los tres días, un chico llamó a mi puerta, se parecía mucho a Helena, luego me enteré de que era su hermano. Me informó de que mi amor estaba en coma. Gracias a él, pude ver por última vez su rostro. Iván, así se llamaba, también me guió hasta la dirección indicada. Resultó que Helena era millonaria, al igual que toda su familia, y yo me había convertido en su heredero.

Han pasado ya dos años desde aquella carta, yo he acabado mi carrera y ejerzo de profesor. Nunca podré olvidarla, ella cambió mi vida, despertó mi verdadera vocación. Pero, como ella me pidió, sigo adelante.

Ahora he conocido a otra chica, una profesora que acaba de terminar la carrera y en cierto modo me recuerda a Helena. Ambas son de la misma promoción y tienen la misma vocación. Le gusta su trabajo y nada ni nadie puede evitar que lo realice con una sonrisa. Supongo que Helena también hubiera sido así, si la muerte no se hubiera encaprichado de su belleza. Esta chica no podrá evitar que Helena venga a visitarme en las noches de tormenta y acaricie mi cuello como sólo ella sabía hacerlo.

En cuanto al dinero, no lo he tocado todavía, excepto el regalo de bodas de Xavi y Marta. Ella también les hubiera regalado la luna de miel. Por cierto, soy padrino de su hija. ¿A qué no adivináis su nombre? Sí, se llama Helena.